

Editorial

La crisis de los chalecos amarillos

Por virtuoso que sea el motivo del “impuesto verde”, la ferocidad de la protesta arrinconó al gobierno de Macron, lo debilitó y puso al país al borde de una crisis muy profunda.

La crisis de los chalecos amarillos o, como lo titula The Economist en su último número, la pesadilla de Macron, el presidente de Francia. Durante tres sábados seguidos, miles de manifestantes vestidos con los chalecos amarillos que son obligatorios por ley para circular por carretera, desfilaron por las principales ciudades francesas para protestar, en algunos casos de forma muy violenta, contra un nuevo “impuesto verde” sobre el consumo de diésel, que al final quiere desestimular el uso de ese combustible. El gobierno francés, obligado por la presión de las manifestaciones, retiró el impuesto, pero aun así el movimiento no se ha desactivado y el sábado pasado los franceses volvieron a salir a las calles, custodiados por más de 80.000 policías y con restricciones de circulación en las principales vías de las ciudades.

Si bien el movimiento nació como oposición al aumento del precio del combustible, poco a poco se le han sumado otro tipo de reivindicaciones en torno a la capacidad de compra de los hogares y a la equidad. El aspecto que está sorprendiendo al mundo entero es el ca-



ILUSTRACIÓN ELENA OSPINA

rácter espontáneo y, a veces brutal, del movimiento popular, donde no pareciera existir una opción política clara o una ideología, pero que sí es un síntoma de una incomodidad profunda en la sociedad gala.

Surgen muchas preguntas en relación con el origen de ese malestar y de sus consecuencias. ¿Se trata de una manifestación local de la do-

ble crisis de la democracia y del capitalismo originadas en la globalización? Si la respuesta a esa pregunta es positiva, el temor que surge es la posibilidad de un contagio de la desazón como ya se vio en mayo de 1968, una revuelta estudiantil que se regó por todo Europa y tuvo incluso repercusiones en todo el mundo.

Sin embargo, existe una

importante diferencia con mayo del 68. En ese entonces, los estudiantes se movilizaban por una utopía. El salvador del momento fue el general *Charles de Gaulle*, el antiguo héroe de guerra reconvertido en presidente, en torno a quien se agrupó la sociedad francesa convulsiónada y temerosa. En esta ocasión, el motivo es el enfado de la clase media y, en espe-

cial, de la clase media rural, el que se está mostrando en las calles. Este grupo social está revelando su desesperanza, su resentimiento y, en algunos casos, su odio hacia la figura todopoderosa de Macron, que quiere sacrificarlos por una causa noble, la lucha contra el calentamiento global.

En Francia, no hay que olvidarlo, hay un aspecto particular que hace que sus ciudadanos sean proclives a mostrar su impaciencia en las calles. La constitución de la quinta república, establecida por De Gaulle en 1958, centralizó el poder en el palacio presidencial y dejó a las protestas callejeras y las manifestaciones como la única alternativa dinámica frente al gobierno central. Es en esa lógica que, por virtuoso que sea el motivo del impuesto, la ferocidad de la protesta arrinconó al gobierno de Macron, lo debilitó y puso al país al borde de una crisis muy profunda. Aun si este impase se supera, queda el temor acerca de la posibilidad de que el populismo se beneficie políticamente del disgusto que afloró vestido de chaleco amarillo y ese, por cierto, es un camino que ya está recorriendo Italia ■

OPINIÓN

MACRON ES UN PRESIDENTE LEJANO, QUE GOBIERNA MÁS PARA LA UNIÓN EUROPEA

Por **RAFAEL PIÑEROS**
Profesor de relaciones internacionales de la Universidad Externado de Colombia.

Francia siempre ha sido un país abierto a la protesta social y a las movilizaciones con el fin de alcanzar objetivos ya sea laborales o sectoriales.

Las protestas de las últimas semanas reflejan un descotento generalizado, que explotan con los chalecos amarillos, pero van más allá. Los ingresos de la clase media y alta en

Francia han aumentado más que los ingresos de las personas más pobres. Entonces las protestas están animadas también por otros sectores como los agricultores, los sectores rurales, que sienten que las políticas que desde París se implementan no los favorecen en la misma medida.

El presidente Macron, des-

pues de un año y medio de gobierno, se sigue viendo como un presidente lejano, como un presidente tecnócrata, que gobierna más para la Unión Europea que para los franceses.

Mientras afuera Macron se muestra como un líder que busca combatir el cambio climático, amigo de las tecnologías más limpias y menos de-

pendientes de los combustibles fósiles, a nivel interno crece entonces el descontento en la medida que no logra solucionar los problemas locales.

El sistema político francés es un híbrido que favorece al presidente, dándole mucho poder cuando no hay cohabitación, como es el caso actual ■

LO QUE FALTABA

TRAS ROBOS, ATAQUES A PILOTOS Y MOTOS

Se están volviendo recurrentes los ataques a las motocicletas de supuestos ladrones (“fleteros”), con casos recientes de incineración de sus vehículos. Es entendible el malestar de los ciudadanos, su impotencia cuando se producen atracos, pero no se puede avalar, ya se ha dicho, la justi-

cia por manos propias.

Esas acciones se prestan a arbitrariedades y vulneraciones de derechos.

La mejor opción es acudir a la Policía, a la Fiscalía y a los demás organismos competentes, para evitar excesos y sobre todo la destrucción de bienes, lo cual no conviene a nadie ■

ECOS Y COMENTARIOS

FALLIDO NOMBRAMIENTO EN EL CENTRO DE MEMORIA HISTÓRICA

Tampoco le salió bien al Gobierno el nombramiento del nuevo director del Centro de Memoria Histórica. La misma semana de la fallida terna para fiscal ad hoc, la Presidencia insistió en nombrar en el CNMH al politólogo *Vicente Torrijos*, a pesar de conocerse de antemano que había información

cuestionable en sus títulos académicos. Los títulos no los necesitaba para acceder al cargo, pero haberlos puesto antes en su hoja de vida, sin que, al parecer, efectivamente los tuviera, cuestionaba su credibilidad.

La Universidad del Rosario confirmó que por las inconsistencias del título de docto-

rado lo desvinculó de la institución. Torrijos finalmente declinó asumir el cargo para el que lo habían nombrado. La cuestión del nuevo director no es si es de izquierda, de centro o de derecha, si no, que sea una persona de impecables credenciales éticas, académicas y profesionales ■